

—Pues más varonil es la del bajo—decía Foja.

—No lo crea Vd. ¿Y Vd. qué dice, Ronzal?

—Yo... distingo... si el bajo es cantante... Pero á mí no me vengan Vds. con música... ¿Saben Vds. lo que yo digo? «Que la música es el ruido que menos me incomoda... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Además, para tenor ahí tenemos á Castelar... ¡ja, ja, ja!»

El escribano reía también el chiste y los concejales sonreían, no por la gracia, sino por la intención.

Aunque el palco de los marqueses tocaba con el de Ronzal, pocas veces los abonados del último se atrevían á entablar conversación con los Vegallana ó quien allí estuviera convidado. Además de que el tabique intermedio dificultaba la conversación, los más no se atrevían, de hecho, á dar por no existente una diferencia de clases de que en teoría muchos se burlaban.

«Todos somos iguales, decían muchos burgueses de Vetusta, la nobleza ya no es nadie, ahora todo lo puede el dinero, el talento, el valor, etc., etc.» pero á pesar de tanta alharaca, á los más se les conocía hasta en su falso desprecio que participaban desde abajo de las preocupaciones que mantenían los nobles desde arriba.

En cambio los de la bolsa de don Alvaro saludaban á los Vegallana; sonreían á la Marquesa, asestaban los gemelos á Edelmira y hacían señas al Marqués, y á Paco, que solían visitar aquel rincón *comm' il faut*.

También esto lo envidiaba Ronzal, que era amigo político de Vegallana; pero trataba poco á la Marquesa.

—¡Es demasiado borrico!—decía doña Rufina cuando le hablaban de Trabuco; y procuraba tenerle alejado tratándole con frialdad ceremoniosa.

Ronzal se vengaba diciendo que la Marquesa era republicana y que escribía en *La Flaca* de Barcelona, y que había sido una cualquier cosa en su juventud.

Estas calumnias le servían de desahogo y si le preguntaban el motivo de su inquina, contestaba: «Señores, yo me debo á la causa que defiendo, y veo con tristeza, con grande, con profunda tristeza que esa señora, la Marquesa, doña Rufina, *en una palabra*, desacredita el partido conservador-dinástico de Vetusta.»—

Después de saborear el tributo de admiración del público, Ana miró á la bolsa de Mesía. Allí estaba él, reluciente, armado de aquella pechera blanquísima y tersa, la envidia de las envidias de Trabuco. En aquel momento don Juan Tenorio arrancaba la careta del rostro de su venerable padre; Ana tuvo que mirar entonces á la escena, porque la inaudita demasía de don Juan había producido buen efecto en el público del paraíso que aplaudía entusiasmado. Perales, el imitador de Calvo, saludaba con modesto ademán algo sorprendido de que se le aplaudiese en escena que no era de empeño.

—¡Mire Vd. el pueblo!—dijo un concejal de la *otra bolsa*, volviéndose á Foja, el ex-alcalde liberal.

—¿Qué tiene el pueblo?

—¡Que es un majadero! Aplauda la gran felonía de arrancar la careta á un enmascarado...

—Que resulta padre—añadió Ronzal;—circunstancia agravante.

—El hombre abandonado á sus instintos es naturalmente inmoral, y como el pueblo no tiene educación...

El juez aprobó con la cabeza, sin separar los ojos de los gemelos con que apuntaba á Obdulia, vestida de negro y rojo y sentada sobre tres almohadones en un palco contiguo al de Mesía.

Ana empezó á hacerse cargo del drama en el momento en que Perales decía con un desdén gracioso y elegante:

Son pláticas de familia  
de las que nunca hice caso...

Era el cómico alto, rubio—aquella noche—flexible, elegante y suelto, lucía buena pierna, y le sentaba de perlas el traje fantástico, con pretensiones de arqueológico, que ceñía su figura esbelta. Don Víctor estaba enamorado de Perales; él no había visto á Calvo y el imitador le parecía excelente intérprete de las comedias de capa y espada. Le había oído decir con énfasis musical las décimas de la *Vida es sueño*, le había admirado en *El desdén con el desdén*, declamando con soltura y gran meneo de brazos y piernas las sutiles razones que comienzan así:

Y porque veáis que es error  
que haya en el mundo quien crea  
que el que quiere lisonjea,  
escuchad lo que es amor.

y concluyen:

Á su propia conveniencia  
dirige amor su fatiga,  
luego es clara consecuencia  
que ni con amor se obliga  
ni con su correspondencia.

Y don Víctor le reputaba excelentísimo cómico. No paró hasta que se lo presentaron; y á su casa le hubiera hecho ir si su mujer fuera otra. En general don Víctor envidiaba á todo el que dejaba ver la contera de una espada debajo de una capa de grana, aunque fuese en las tablas y sólo de noche. Conoció que Anita contemplaba con gusto los ademanes y la figura de don Juan y se acercó á ella el buen Quintanar diciéndole al oído con voz trémula por la emoción:

—¿Verdad, hijita, que es un buen mozo? ¡Y qué movimientos tan artísticos de brazo y pierna!... Dicen que eso es falso, que los hombres no andamos así... ¡Pero debiéramos andar! y así seguramente andaría-

mos y gesticularíamos los españoles en el siglo de oro, cuando éramos dueños del mundo; esto ya lo decía más alto para que lo oyeran todos los presentes. Bueno estaría que ahora que vamos á perder á Cuba, resto de nuestras grandezas, nos diéramos esos aires de señores y midiéramos el paso...

La Regenta no oía á su marido; el drama empezaba á interesarla de veras; cuando cayó el telón, quedó con gran curiosidad y deseo de saber en qué paraba la apuesta de don Juan y Mejía.

En el primer entreacto don Alvaro no se movió de su asiento; de cuando en cuando miraba á la Regenta, pero con suma discreción y prudencia, que ella notó y le agradeció. Dos ó tres veces se sonrieron y sólo la última vez que tal osaron, sorprendió aquella correspondencia Pepe Ronzal, que, como siempre, seguía la pista á los telégrafos de su aborrecido y admirado modelo.

Trabuco se propuso redoblar su atención, observar mucho y ser una tumba, callar como un muerto. «Pero aquello era grave, muy grave!» Y la envidia se lo comía.

Empezó el segundo acto y don Alvaro notó que por aquella noche tenía un poderoso rival: el drama. Anita comenzó á comprender y sentir el valor artístico del don Juan emprendedor, loco, valiente y trapacero de Zorrilla; á ella también la fascinaba como á la doncella de doña Ana de Pantoja, y á la Trotaconventos que ofrecía el amor de Sor Inés, como una mercancía... La calle oscura, estrecha, la esquina, la reja de doña Ana... los desvelos de Ciutti, las trazas de don Juan; la arrogancia de Mejía; la traición *interina* del Burlador, que no necesitaba, por una sola vez, dar pruebas de valor; los preparativos diabólicos de la gran aventura, del asalto del convento, llegaron al alma de la Regenta con todo el vigor y frescura dramaticos que tienen y

que muchos no saben apreciar ó porque conocen el drama desde antes de tener criterio para saborearle y ya no les impresiona, ó porque tienen el gusto de madera de tinteros; Ana estaba admirada de la poesía que andaba por aquellas callejas de lienzo, que ella transformaba en sólidos edificios de otra edad; y admiraba no menos el desdén con que se veía y oía todo aquello desde palcos y butacas; aquella noche el paraíso, alegre, entusiasmado, le parecía mucho más inteligente y culto que el *señorio* vetustense.

Ana se sentía transportada á la época de don Juan, que se figuraba como el vago romanticismo arqueológico quiere que haya sido; y entonces volviendo al egoísmo de sus sentimientos, deploraba no haber nacido cuatro ó cinco siglos antes... «Tal vez en aquella época fuera divertida la existencia en Vetusta; habría entonces conventos poblados de nobles y hermosas damas, amantes atrevidos, serenatas de trovadores en las callejas y postigos; aquellas tristes, sucias y estrechas plazas y calles tendrían, como ahora, aspecto feo, pero las llenaría la poesía del tiempo, y las fachadas ennegrecidas por la humedad, las rejas de hierro colado, los soportales sombríos, las tinieblas de las rinconadas en las noches sin luna, el fanatismo de los habitantes, las venganzas de vecindad, todo sería dramático, digno del verso de un Zorrilla; y no como ahora suciedad, prosa, fealdad desnuda. Comparar aquella Edad media soñada—ella colocaba á don Juan Tenorio en la Edad media por culpa de Perales—con los espectadores que la rodeaban á ella en aquel instante, era un triste despertar. Capas negras y pardas, sombreros de copa alta absurdos, horrorosos... todo triste, todo negro, todo desmañado, sin expresión... frío... hasta don Alvaro parecía entonces mezclado con la prosa común. ¡Cuánto más le hubiera admirado con el ferreruelo, la gorra y el jubón y el calzón de punto

de Perales!... Desde aquel momento vistió á su adorador con los arreos del cómico, y á éste en cuanto volvió á la escena le dió el gesto y las facciones de Mesía, sin quitarle el propio andar, la voz dulce y melódica y demás cualidades artísticas.

El tercer acto fué una revelación de poesía apasionada para doña Ana. Al ver á doña Inés en su celda, sintió la Regenta escalofríos; la novicia se parecía á ella; Ana lo conoció al mismo tiempo que el público; hubo un murmullo de admiración y muchos espectadores se atrevieron á volver el rostro al palco de Vegallana con disimulo. La González era cómica por amor; se había enamorado de Perales, que la había robado; casados en secreto, recorrían después todas las provincias, y para ayuda del presupuesto conyugal la enamorada joven, que era hija de padres ricos, se decidió á pisar las tablas; imitaba á quien Perales la había mandado imitar, pero en algunas ocasiones se atrevía á ser original y hacía excelentes papeles de virgen amante. Era muy guapa, y con el hábito blanco de novicia, la cabeza prisionera de la rígida toca, muy coloradas las mejillas, lucientes los ojos, los labios hechos fuego, las manos en postura hierática y la modestia y castidad más límpida en toda la figura, interesaba profundamente. Decía los versos de doña Inés con voz cristalina y trémula, y en los momentos de ceguera amorosa se dejaba llevar por la pasión cierta—porque se trataba de su marido—y llegaba á un realismo poético que ni Perales ni la mayor parte del público eran capaces de apreciar en lo mucho que valía.

Doña Ana sí; clavados los ojos en la hija del Comendador, olvidada de todo lo que estaba fuera de la escena, bebió con ansiedad toda la poesía de aquella celda casta en que se estaba filtrando el amor por las paredes. «¡Pero esto es divino!» dijo volviéndose hacia su marido, mientras pasaba la lengua por los labios secos.

La carta de don Juan escondida en el libro devoto, leída con voz temblorosa primero, con terror supersticioso después, por doña Inés, mientras Brígida acercaba su bujía al papel; la proximidad casi sobrenatural de Tenorio, el espanto que sus hechizos supuestos producen en la novicia que ya cree sentirlos, todo, todo lo que pasaba allí y lo que ella adivinaba, producía en Ana un efecto de magia poética, y le costaba trabajo contener las lágrimas que se le agolpaban á los ojos.

«¡Ay! sí, el amor era aquello, un filtro, una atmósfera de fuego, una locura mística; huir de él era imposible; imposible gozar mayor ventura que saborearle con todos sus venenos. Ana se comparaba con la hija del Comendador; el caserón de los Ozores era su convento, su marido la regla estrecha de hastío y frialdad en que ya había profesado ocho años hacía... y don Juan... don Juan aquel Mesía que también se filtraba por las paredes, aparecía por milagro y llenaba el aire con su presencia!»

Entre el acto tercero y el cuarto don Alvaro vino al palco de los marqueses.

Ana al darle la mano tuvo miedo de que él se atreviera á apretarla un poco, pero no hubo tal; dió aquel tirón enérgico que él siempre daba, siguiendo la moda que en Madrid empezaba entonces; pero no apretó. Se sentó á su lado, eso sí, y al poco rato hablaban aislados de la conversación general.

Don Victor había salido á los pasillos á fumar y disputar con los pollastres vetustenses que despreciaban el romanticismo y citaban á Dumas y Sardou, repitiendo lo que habían oído en la corte.

Ana, sin dar tiempo á don Alvaro para buscar buena embocadura á la conversación, dejó caer sobre la prosáica imaginación del petimetre, el chorro abundante de poesía que había bebido en el poema gallardo, fres-



co, exuberante de hermosura y color del maestro Zorrilla.

La pobre Regenta estuvo elocuente; se figuró que el jefe del partido liberal dinástico la entendía, que no era como aquellos vetustenses de cal y canto que hasta se sonreían con lástima al oír tantos versos «bonitos, sonoros, pero sin miga,» según aseguró don Frutos en el palco de la marquesa.

Á Mesía le extrañó y hasta disgustó el entusiasmo de Ana. ¡Hablar del *Don Juan Tenorio* como si se tratase de un estreno! Si el *Don Juan* de Zorrilla ya sólo servía para hacer parodias!... No fué posible tratar cosa de provecho, y el Tenorio vetustense procuró ponerse en la cuerda de su amiga y hacerse el sentimental disimulado, como los hay en las comedias y en las novelas de Feuillet: mucho *sprit* que oculta un corazón de oro que se esconde por miedo á las espinas de la realidad... esto era el colmo de la *distinción* según lo entendía don Alvaro, y así procuró aquella noche presentarse á la Regenta, á quien «estaba visto que había que enamorar por todo lo alto.»

Ana que se dejaba devorar por los ojos grises del seductor y le enseñaba sin pestañear los suyos dulces y apasionados, no pudo en su exaltación notar el amaneramiento, la falsedad del idealismo copiado de su interlocutor; apenas le oía, hablaba ella sin cesar, creía que lo que estaba diciendo él coincidía con las propias ideas; este espejismo del entusiasmo vidente, que suele aparecer en tales casos, fué lo que valió á don Alvaro aquella noche. También le sirvió mucho su hermosura varonil y noble, ayudada por la expresión de su pasioncilla, en aquel momento irritada. Además el rostro del buen mozo, sobre ser correcto, tenía una expresión espiritual y melancólica, que era puramente de apariencia; combinación de líneas y sombras, algo también las huellas de una vida malgastada en el vicio

y el amor.—Cuando comenzó el cuarto acto, Ana puso un dedo en la boca, y sonriendo á don Alvaro le dijo:

—Ahora silencio! Bastante hemos charlado... déjeme Vd. oír.

—Es que... no sé... si debo despedirme...

—No... no... ¿por qué?—respondió ella, arrepentida al instante de haberlo dicho.

—No sé si estorbaré, si habrá sitio...

—Sitio sí, porque Quintanar está en la bolsa de ustedes... mirele Vd.

Era verdad; estaba allí disputando con don Frutos, que insistía en que el *Don Juan Tenorio* carecía de la miga suficiente.

Don Alvaro permaneció junto á la Regenta.

Ella le dejaba ver el cuello vigoroso y mórbido, blanco y tentador con su vello negro algo rizado y el nacimiento provocador del moño que subía por la nuca arriba con graciosa tensión y convergencia del cabello. Dudaba don Alvaro si debía en aquella situación atreverse á acercarse un poco más de lo acostumbrado. Sentía en las rodillas el roce de la falda de Ana, más abajo adivinaba su pié, lo tocaba á veces un instante. «Ella estaba aquella noche... *en punto de caramelo* (frase simbólica en el pensamiento de Mesía), y con todo no se atrevió. No se acercó ni más ni menos; y eso que ya no tenía allí caballo que lo estorbase. «¡Pero la buena señora se había *sublimizado* tanto! y como él, por no perderla de vista, y por agradarla, se había hecho el romántico también, el *espiritual*, el *místico*... ¡quién diablos iba ahora á arriesgar un ataque *personal y pedestre*!... Se había puesto aquello en una *tessitura* endemoniada! Y lo peor era que no había probabilidades de hacer entrar, en mucho tiempo, á la Regenta por el aro; ¿quién iba á decirle: «bájese Vd., amiga mía, que todo esto es volar por los *espacios imaginarios*!» Por estas consideraciones, que le estaban dando ver-

güenza, que le parecían ridículas al cabo, don Alvaro resistió el vehemente deseo de pisar un pié á la Regenta ó tocarle la pierna con sus rodillas...

Que era lo que estaba haciendo Paquito con Edelmira, su prima. La robusta virgen de aldea parecía un carbón encendido, y mientras don Juan, de rodillas ante doña Inés, le preguntaba si no era verdad que en aquella apartada orilla se respiraba mejor, ella se ahogaba y tragaba saliva, sintiendo el pataleo de su primo y oyéndole, cerca de la oreja, palabras que parecían chispas de fragua. Edelmira, á pesar de no haber desmejorado, tenía los ojos rodeados de un ligero tinte oscuro. Se abanicaba sin punto de reposo y tapaba la boca con el abanico cuando en medio de una situación culminante del drama se le antojaba á ella reirse á carcajadas con las ocurrencias del Marquesito, que tenía unas cosas...

Para Ana el cuarto acto no ofrecía punto de comparación con los acontecimientos de su propia vida... ella aún no había llegado al cuarto acto. «¿Representaba aquello lo porvenir? ¿Sucumbiría ella como doña Inés, caería en los brazos de don Juan loca de amor? No lo esperaba; creía tener valor para no entregar jamás el cuerpo, aquel miserable cuerpo que era propiedad de don Víctor sin duda alguna. De todas suertes, ¡qué cuarto acto tan poético! El Guadalquivir allá abajo... Sevilla á lo lejos... La quinta de don Juan, la barca debajo del balcón... la *declaración* á la luz de la luna... ¡Si aquello era romanticismo, el romanticismo era eterno!... Doña Inés decía:

Don Juan, don Juan, yo lo imploro  
de tu hidalga condición...

Estos versos que ha querido hacer ridículos y vulgares, manchándolos con su baba, la necedad prosáica, pasándolos mil y mil veces por sus labios viscosos

como vientre de sapo, sonaron en los oídos de Ana aquella noche como frase sublime de un amor inocente y puro que se entrega con la fe en el objeto amado, natural en todo gran amor. Ana, entonces, no pudo evitarlo, lloró, lloró, sintiendo por aquella Inés una compasión infinita. No era ya una escena erótica lo que ella veía allí; era algo religioso; el alma saltaba á las ideas más altas, al sentimiento purísimo de la caridad universal... no sabía á qué; ello era que se sentía desfallecer de tanta emoción.

Las lágrimas de la Regenta nadie las notó. Don Alvaro sólo observó que el seno se le movía con más rapidez y se levantaba más al respirar. Se equivocó el hombre de mundo; creyó que la emoción acusada por aquel respirar violento la causaba su gallarda y próxima presencia, creyó en un influjo *puramente fisiológico* y por poco se pierde... Buscó á tientas el pié de Ana... en el mismo instante en que ella, de una en otra, había llegado á pensar en Dios, en el amor ideal, puro, universal que abarcaba al Creador y á la criatura... Por fortuna para él, Mesía no encontró, entre la hojarasca de las enaguas, ningún pié de Anita, que acababa de apoyar los dos en la silla de Edelmira.

El altercado de don Juan y el Comendador hizo á la Regenta volver á la realidad del drama y fijarse en la terquedad del buen Ulloa; como se había empeñado la imaginación exaltada en comparar lo que pasaba en Vetusta con lo que sucedía en Sevilla, sintió supersticioso miedo al ver el mal en que paraban aquellas aventuras del libertino andaluz; el pistoletazo con que don Juan saldaba sus cuentas con el Comendador le hizo temblar; fué un presentimiento terrible. Ana vió de repente, como á la luz de un relámpago, á don Víctor vestido de terciopelo negro, con jubón y ferreuelo, bañado en sangre, boca arriba, y á don Alvaro con una pistola en la mano, enfrente del cadáver.

La Marquesa dijo después de caer el telón que ella no aguantaba más Tenorio.

—Yo me voy, hijos míos; no me gusta ver cementerios ni esqueletos; demasiado tiempo le queda á uno para eso. Adiós. Vosotros quedaos si queréis... ¡Jesús! las once y media, no se acaba esto á las dos...

Ana, á quien explicó su esposo el argumento de la segunda parte del drama, prefirió llevar la impresión de la primera que la tenía encantada, y salió con la Marquesa y Mesía.

Edelmira se quedó con don Víctor y Paco.

—Yo llevaré á la niña y Vd. déjeme á esa en casa, señora Marquesa—dijo Quintanar.

Mesía se despidió al dejar dentro del coche á las damas. Entonces apretó un poco la mano de Anita que la retiró asustada.

Don Álvaro se volvió al palco del Marqués á dar conversación á don Víctor. Eran panes prestados: Paco necesitaba que le distrajeran á Quintanar para quedarse como á solas con Edelmira; Mesía, que tantas veces había utilizado servicios análogos del Marquésito, fué á cumplir con su deber.

Además, siempre que se le ofrecía, aprovechaba la ocasión de estrechar su amistad con el simpático aragonés que había de ser su víctima, andando el tiempo, ó poco había de poder él.

Con mil amores acogió Quintanar al buen mozo y le expuso sus ideas en punto á literatura dramática, concluyendo como siempre con su teoría del honor según se entendía en el siglo de oro, cuando el sol no se ponía en nuestros dominios.

—Mire Vd.—decía don Víctor, á quien ya escuchaba con interés don Alvaro—mire Vd., yo ordinariamente soy muy pacífico. Nadie dirá que yo, ex-regente de Audiencia, que me jubilé casi casi por no firmar más sentencias de muerte, nadie dirá, repito que tengo ese

punto de honor quisquilloso de nuestros antepasados, que los pollastres de ahí abajo llaman inverosímil; pues bien, seguro estoy, me lo da el corazón, de que si mi mujer—hipótesis absurda—me faltase... se lo tengo dicho á Tomás Crespo muchas veces... le daba una sangría suelta.

(—¡Animal!—pensó don Álvaro.)

—Y en cuanto á su cómplice... ¡oh! en cuanto á su cómplice... Por de pronto yo manejo la espada y la pistola como un maestro; cuando era aficionado á representar en los teatros caseros—es decir, cuando mi edad y posición social me permitían trabajar, porque la afición aún me dura—comprendiendo que era muy ridículo batirse mal en las tablas, tomé maestro de esgrima y dió la casualidad de que demostré en seguida grandes facultades para el arma blanca. Yo soy pacífico, es verdad, nunca me ha dado nadie motivo para hacerle un rasguño... pero figúrese Vd... el día que... Pues lo mismo y mucho más puedo decir de la pistola. Donde pongo el ojo... Pues bien, como decía, al cómplice lo traspasaba; sí, prefiero esto; la pistola es del drama moderno, es prosáica; de modo que le mataría con arma blanca... Pero voy á mi tesis... Mi tesis era... que?... Vd. recuerda?

Don Álvaro no recordaba, pero lo de matar al cómplice con arma blanca le había alarmado un poco.

Cuando Mesía, ya cerca de las tres, de vuelta del Casino, trataba de llamar el sueño imaginando voluptuosas escenas de amor que se prometía convertir en realidad bien pronto, al lado de la Regenta, protagonista de ellas, vió de repente, y ya casi dormido, la figura vulgar y bonachona de don Víctor. Pero le vió, entre los primeros disparates del ensueño, vestido de toga y birrete, con una espada en la mano. Era la espada de Perales en el Tenorio, de enormes gavilanes.—

Anita no recordaba haber soñado aquella noche con

don Alvaro. Durmió profundamente. Al despertar, cerca de las diez, vió á su lado á Petra la doncella rubia y taimada, que sonreía discretamente.

—Mucho he dormido, ¿por qué no me has despertado antes?

—Como la señorita pasó mala noche...

—¿Mala noche?... yo?

—Sí, hablaba alto, soñaba á gritos...

—¿Yo?

—Sí, alguna pesadilla.

—¿Y tú... me has oído desde?...

—Sí, señora, no me había acostado todavía; me quedé á esperar por el señor, porque Anselmo es tan bruto que se duerme... Vino el amo á las dos.

—Y yo he hablado alto...

—Poco después de llegar el señor. Él no oyó nada; no quiso entrar por no despertar á la señorita. Yo volví á ver si dormía... si quería algo... y creí que era una pesadilla... pero no me atreví á despertarla...

Ana se sentía fatigada. Le sabía mal la boca y temía los amagos de la jaqueca.

—¡Una pesadilla!... Pero si yo no recuerdo haber padecido...

—No, pesadilla mala... no sería... porque sonreía la señora... daba vueltas...

—Y... y... ¿qué decía?

—¡Oh... qué decía! no se entendía bien... palabras sueltas... nombres...

—¿Qué nombres?... —Ana preguntó esto encendiendo el rostro por el rubor... —¿qué nombres? —repetió.

—Llamaba la señora... al amo.

—¿Al amo?

—Sí... sí, señora... decía: ¡Victor! ¡Victor!

Ana comprendió que Petra mentía. Ella casi siempre llamaba á su marido Quintanar.

Además, la sonrisa no disimulada de la doncella aumentaba las sospechas de la señora.

Calló y procuró ocultar su confusión.

Entonces acercándose más á la cama y bajando la voz Petra dijo, ya seria:

—Han traído esto para la señora...

—¿Una carta? ¿De quién? —preguntó en voz trémula Ana, arrebatando el papel de manos de Petra.

«¡Si aquel loco se habría propasado!... Era absurdo.»

Petra, después de observar la expresión de susto que se pintó en el rostro del ama, añadió:

—De parte del señor Magistral debe de ser, porque lo ha traído Teresina la doncella de doña Paula.

Ana afirmó con la cabeza mientras leía.

Petra salió sin ruido, como una gata. Sonreía á sus pensamientos.

La carta del Magistral, escrita en papel levemente perfumado, y con una cruz morada sobre la fecha, decía así:

«Señora y amiga mía: Esta tarde me tendrá Vd. en la capilla de cinco á cinco y media. No necesitará Vd. esperar, porque será hoy la única persona que confiese. Ya sabe que no me tocaba hoy sentarme, pero me ha parecido preferible avisar á Vd. para esta tarde por razones que le explicará su atento amigo y servidor.

FERMÍN DE PAS.»

No decía capellán.

«¡Cosa extraña! Ana se había olvidado del Magistral desde la tarde anterior; ni una vez sola desde la aparición de don Alvaro á caballo había pasado por su cerebro la imagen grave y airosa del respetado, estimado y admirado padre espiritual! Y ahora se presentaba de repente dándole un susto, como sorpren-

diéndola en pecado de infidelidad. Por la primera vez sintió Ana la vergüenza de su imprudente conducta. Lo que no había despertado en ella la presencia de don Víctor, lo despertaba la imagen de don Fermín... Ahora se creía infiel de pensamiento, pero ¡cosa más rara! infiel á un hombre á quien no debía fidelidad ni podía debérsela!»

«Es verdad, pensaba; habíamos quedado en que mañana temprano iría á confesar... y se me había olvidado! y ahora él adelanta la confesión... Quiere que vaya esta tarde. ¡Imposible! No estoy preparada... Con estas ideas... con esta revolución del alma... Imposible!»

Se vistió de prisa, cogió papel que tenía el mismo olor que el del Magistral, pero más fuerte, y escribió á don Fermín una carta muy dulce con mano trémula, turbada, como si cometiera una felonía. Le engañaba; le decía que se sentía mal, que había tenido la jaqueca y le suplicaba que la dispensase; que ella le avisaría...

Entregó á Petra el papel embustero y la dió orden de llevarlo á su destino inmediatamente, y sin que el señor se enterase.

Don Víctor ya había manifestado varias veces su no conformidad, como él decía, con aquella frecuencia del sacramento de la confesión; como temía que se le tuviese por poco enérgico, y era muy poco enérgico en su casa en efecto, alborotaba mucho cuando se enfadaba.

Para evitar el ruido, molesto aunque sin consecuencias, Ana procuraba que su esposo no se enterase de aquellas frecuentes escapatorias á la catedral.

«¡No podía presumir el buen señor que por su bien eran!»

Petra había sido tomada por confidenta y cómplice de estos inocentes tapadillos. Pero la criada, fingiendo

crear los motivos que alegaba su ama para ocultar la devoción, sospechaba horrores.

Iba camino de la casa del Magistral con la misiva y pensaba:

«Lo que yo me temía, á pares; los tiene á pares; uno diablo y otro santo. ¡Así en la tierra como en el cielo!»

Ana estuvo todo el día inquieta, descontenta de sí misma; no se arrepentía de haber puesto en peligro su honor, dando alas (siquiera fuesen de sutil gasa espiritual) á la audacia amorosa de don Alvaro; no le pesaba de engañar al pobre don Víctor, porque le reservaba el cuerpo, su propiedad legítima... pero ¡pensar que no se había acordado del Magistral ni una vez en toda la noche anterior, ¡á pesar de haber estado pensando y sintiendo tantas cosas sublimes!

«Y por contera, le engañaba, le decía que estaba enferma para excusar el verle... ¡Le tenía miedo!... y hasta el estilo dulce, casi cariñoso de la carta era traidor... ¡Aquello no era digno de ella! Para don Víctor había que guardar el cuerpo, pero al Magistral ¿no había que reservarle el alma?»

